



La responsabilidad académica de nuestro tiempo

Academic responsibility in our time

Samuel Karchmer K

La responsabilidad académica de nuestro tiempo

Academic responsibility in our time

Samuel Karchmer K ¹

Como citar: Karchmer, S. (2021). La responsabilidad académica de nuestro tiempo. *Revista Universidad De Guayaquil*, 108(3), 46–51. DOI: <https://doi.org/10.53591/rug.v108i3.719>

Resumen

Se plantea un cuestionamiento de la decadencia de los valores éticos, morales, académicos y profesionales en el área médica. Se señalan criterios muy firmes sobre el origen de este fenómeno y se promueve a una completa revisión de los procedimientos, como miembros de una institución científica y docente que no alcanza a cumplir los objetivos que le fueron señalados, principalmente por la crisis de los valores humanos referidos.

Palabras clave: Responsabilidad académica. Valores éticos y profesionales.

Summary

Author states an all over ethical, moral, academic and professional medical crisis of values. It registers his criteria about the origin of this change and calls to a review of human behavior and proceedings as members of scientific institutions which usually complete their academic requirements however ethical paradigms are far away to be reached.

Key word: Academic responsibility. Ethical and professional values.

¹ Doctor, Universidad Nacional Autónoma de México, México. Correo electrónico: revistaug@ug.edu.ec



Desarrollo conceptual

La medicina es una ciencia que se ejerce a base de dedicación y estudio permanentes, con el fin de ofrecer a nuestros semejantes, objeto esencial de ese ejercicio, lo mejor en la lucha por la salud y por su vida, siempre y en cualquier circunstancia. El médico se debe al enfermo y al estudio antes que nada y a su actividad; ciencia y arte, no debe ser degradada por sus propios ejercitantes a la categoría de simple oficio.

Hemos de convencernos, que en el ejercicio de la medicina está ocurriendo con diversas modalidades, pero en todos los ámbitos del mundo, una revolución que en sus fenómenos esenciales da lugar a la aplicación de sistemas dinámicos de organización, que abren campo a los valores reales y reconocen el mérito en donde existe el lento y sacrificio.

En las nuevas corrientes del ejercicio médico, debe trazarse la meta del triunfo a igual distancia para todos, señalando, que nada que no sean los naturales obstáculos propios del conocimiento científico, se interpongan entre el médico y su consagración.

Al especialista, lo afectan otras responsabilidades aún mayores al camino que ha debido recorrer para obtener su condición profesional. y son, las cualidades que tiene o debe incorporar a su estirpe, por el hecho de constituir un producto de selección casi siempre natural al trabajo que realiza, para mantener el prestigio que ha alcanzado por sus propios méritos y que lo revisten de elevada autoridad y representación.

Un hombre de ciencia es un destacado y profundo conocedor del campo que ha abarcado y que domina en el aspecto técnico. Es un estudioso que investiga, enseña y usa su experiencia con relevancia singular. No obstante, las formas de que enseña o investiga, ya no pueden ser ni siquiera rebuscadas ni teatrales y menos aún, carentes de objetividad.

La juventud actual, en todos los órdenes, exige la verdad demostrada y se resiste a aceptar valores que no mira o no palpa y desprecia lo tradicional, sino palpa su excelencia, haciendo mofa de las solemnidades excesivamente protocolarias y formalistas. Y es que esas juventudes, empleando el término en sentido relativo, en función de lo que tiene impulso y capacidad de creación, sin matices de larga experiencia,

dando la razón a lo que realmente vale, porque vale en sí mismo, sin necesidad de revestirse de formas convencionales.

El maestro debe ser superior en conocimientos, hechos, virtudes y ascendencia, para ser reconocido como tal y sino muestra esos atributos, no será aceptado. De igual manera, el investigador, debe ser puro, de honestidad acrisolada, veraz y directo para planteamientos y deducciones. Ante estas generaciones, ya no puede aparecer como investigador, quien no lo sea y como profesor, aquel que no tenga lo mejor para su enseñanza. El aislamiento profesional, propicia la impreparación. La falta de diálogo conduce al desinterés y a la indolencia, de allí, la importancia capital de los eventos científicos, que permiten el intercambio entre médicos, profesionales y estudiantes, ávidos de enriquecer su acervo científico, con el contacto de investigadores y profesores del campo de nuestro interés.

Para el observador lego, que asiste a algunas sesiones médicas, debe ser notorio que existen pocas oportunidades para discutir y aún para preguntar. Pareciera que todo el mundo lo sabe todo y que quién habla, pontifica.

Querer preguntar en público, ante testigos, parece cada vez más difícil. No porque dejen de responderse las preguntas, sino, por el carácter personal que puede adquirir la situación, entre el interrogante y el interpelado. Con frecuencia hacemos caso omiso del objeto de estudio y no recibimos la pregunta u opinión como una actitud de quien quiere saber o aclarar, sino, "ad personam".

De esta manera, consciente o inconscientemente condicionamos la respuesta, con la intención que suponemos nos fue formulada. Esto significa que a veces, no somos capaces de la genuina sinceridad de quien públicamente nos pregunta. Por lo mismo, no podemos abstraernos a responder, concretamente sobre el tema, como simples vehículos de información sino, pensamos que la pregunta implica también una intención personal ajena a las exigencias puramente académicas.

Es decir, no agudizamos la perspicacia, sino la suspicacia y desde esta posición recelosa dirigimos la respuesta, sintiéndonos vigilados y asediados por quién, a nuestro entender, nos ha puesto en el predicamento de defender ante espectadores nuestro prestigio, que no es nuestra verdad.

¿De donde parte esta actitud?. Nos parece que desde esa idea que se ha repetido desde la infancia. No saber es malo. Siempre supimos que al que no sabía, se lo castigaba. Y ahora adultos, si se nos pregunta, ¿Tenemos que saber! o ¿Fingir que sabemos!. aún a veces, sin estar obligados.

¿Y si preguntamos?. Entonces van a descubrir que no sabemos. ¿ Como vamos a confesarlos ignorantes?.

Esta idea, nos resta humildad intelectual y nos aleja de la oportunidad de aprender. ¡Si! . Ya sabemos. Y una cosa no se aprende dos veces.

¡Ya no queremos saber!.. Porque no nos queda nada por saber. (Nótese la doble negación. Para-dójicamente afirmativa).. En consecuencia, son entonces los demás, los que deben saber.

Si esta posición de soberbia intelectual perjudica solo a quien la adopta, ¡menos mal!. Pero las consecuencias afectan a los asistentes. Para ellos, la libre exposición de las ideas, puede arrojar luz sobre la materia. De los asistentes, se afecta en mayor proporción, a quién, no habiendo tenido oportunidad de aprender, ha llegado a un centro académico con la disposición de “ querer aprender”.

En otras ocasiones, la obcecación puede determinar deficientes conductas terapéuticas en el manejo de los enfermos. Así, con la aparente buena fé, de quien por soberbio es contumaz, puede derivarse un perjuicio a quienes estamos obligados a servir.

Por lo anterior, se verá que no siempre los enfermos que llegan a la autopsia, revelan la insuficiencia de los conocimientos humanos. También demuestran la inmadurez de los médicos. La ignorancia crasa, a veces punible, de quien debiendo saber algo oportunamente, lo ignora, o aún más, la negligencia de cualquier miembro del equipo profesional.

En algunos países, la legislación prevé el delito de negligencia profesional, para proteger a las personas frente a los excesos y omisiones profesionales e institucionales. En el nuestro, no basta apelar a la sinceridad que consigo mismo tenga el médico, sino, al libre concurso de los criterios y opiniones.

La conocida máxima que reza: Si no puedo ser imparcial, prometo ser sincero, que aparentemente resolvería el problema, es notoriamente inadecuada para el terreno técnico y científico, pues solo establece una norma de conducta para

aquellos que en materia ideológica o política deben adoptar una posición determinada, con tal que sea auténtica.

Mas no, como obviamente es el caso, para aquellos otros que como los médicos, no deben hacer un problema de actitud personal, lo que debe ser una evaluación objetiva de datos o un problema de interpretación de hechos.

En él, como se ha dicho, debe campea el espíritu crítico académico, examen público y libre. Dejemos de preocuparnos sobre que criterio ha de prevalecer, abandonando los posesivos de primera y de segunda persona y busquemos el de la tercera en cuestión.. “¿Qué tiene el enfermo?”

Lo que se dice en una sesión o en un aula, tiene valor momentáneo por su oportunidad, cumple con la función de informar, confirmar, prevenir y decidir criterios y conductas. De ninguna manera sienta precedente absoluto de verdad, sin importar quien la diga. Es tan solo un aporte de datos circunstanciales y por tanto, efímera, aunque sus consecuencias, no lo sean.

Los reservorios de la verdad, no son pues las sesiones, ni conferencias, ni siquiera los seminarios o simposiums. Estos son tan solo, únicamente los medios orales y transitorios del conocimiento y sus novedades. Los hombres no podemos confiar en la permanencia efímera del lenguaje verbal como reservorio del conocimiento y la experiencia, tan difícilmente obtenidos.

El acervo, el terreno de las liberaciones, el portador de la ciencia, es el lenguaje escrito en el libro, artículo, ensayo y monografía, que compendian y exponen a la luz crítica, los productos de la investigación, observación, deliberación y creación a cualquier nivel.

La susceptibilidad o el abuso de la autoridad intelectual son dos posturas que obstaculizan los medios docentes e inspiran soluciones prácticas inadecuadas. La susceptibilidad extrema de una persona a ser interrogada o contradicha, obliga a un silencio negativo por parte de alguien que tiene algo que decir. Algo que puede ser pertinente, porque puede traducirse en enseñanza o conducta médica.

Para quien busca confrontaciones personales, es más fácil callar; así, sin abollar prestigios, ni tumbar coronas, se evitan problemas. Es más cómodo, adoptar la actitud de “dejar hacer y de-

jar pasar". Sin embargo, esta posición es apenas aconsejable, cuando nuestra participación, no ha de modificar sustancialmente los resultados, pero cuando nos abstenemos de actuar, a sabiendas de la oportunidad y beneficio de nuestra opinión, entonces se muestra nuestra debilidad de carácter, haciendo el juego a quien cree estar siempre asistido de la razón.

Esta debilidad de carácter, que permite omisiones voluntarias y concesiones peligrosas, nos mengua en lo personal, en tanto, que podamos arrepentirnos de no haber expresado a tiempo una opinión prudente, pero además, haber causado perjuicio a la institución, en la que va a decrecer tarde o temprano, la eficiencia profesional.

La credibilidad y el prestigio se corresponden, pero una vez alcanzado este, el afán de conservarlo puede ir en detrimento de la credibilidad. Esto lo sabemos y por esta razón, aquel que bajo el amparo de su prestigio, hace valer su preponderancia, imponiendo criterios inaceptables, traiciona en rigor los méritos, gracias a los cuales obtuvo esa prestancia.

Siendo como es tan diverso el mundo del conocimiento y en particular, tan variadas y extensas las disciplinas médicas, puede decirse que el saber, además de ser una categoría del ser, es también producto de la circunstancia y de la oportunidad.

Así como se reconoce la prioridad de saber, que tiene quien cultiva una disciplina y por lo mismo se procura su concurso, al lado de esa concesión se debe reconocer en los demás, la posibilidad de ignorar y de estar equivocados, quizá, como producto de la falta de oportunidad para aprender.

No se trata de otorgar indulgencias, hasta observar la estricta, prudente y necesaria tolerancia, que nuestros propias equivocaciones han de menester. Dentro de la libertad para la emisión del pensamiento, están implícitos de igual modo, la posibilidad de acertar, como de errar. Por eso, tanto la opinión que expresa lo que estimamos verdadero, como aquella que se equivoca, deben de respetarse de igual manera.

No debe olvidarse que es fácil ser tolerante con quien afirma y aprecia como nosotros, pero que el verdadero talón de Aquiles de la tolerancia, sigue siendo el respeto a la opinión contraria.

Ciertamente, todo intelectual que se precie de serlo, debe mantener una vigilancia continua sobre sí mismo, una cautela permanente que le evite caer en precipitación y ligereza. Pero, para nadie es oculto que ante la duda, es preferible una actitud inquisitiva a una pasiva. Aún a riesgo de error, es preferible tener el valor de equivocarse. Esto significa, que una posición intelectual decidida, en la que agotamos todos los medios obtenibles de conocimiento, da siempre paso a una inquietud del espíritu, para que sin agravio de nadie, afrontemos el advenimiento de los hechos con una opinión, mostrándola como una evidencia y no como un acto de audacia, tomada como una decisión de alto valor reflexivo, que se opone a la duda estéril, convirtiéndose en el simple ejercicio de una facultad intelectual.

Ni la veneración incondicional para el sabio, ni el desprecio manifiesto para el que ignora, ambas son posiciones negativas. La veneración limita nuestra independencia de criterios y con ello, nuestro desarrollo. El desdenso lesiona a quien quiere aprender. Una pregunta científicamente ingenua, respondida con sarcasmo, puede anular la participación futura de quien la hizo, amén de estropear las relaciones humanas.

Pisamos un terreno de ideas movilizadas, donde las drogas son nuevas, los conceptos mutables y las generalizaciones son solo marcos referenciales necesarios, pero transitorios, para contener un cúmulo de ideas afines, cuyo control o manejo sería difícil de otra manera. En consecuencia, la coartación de la libertad de opinión, representa una proyección personal de limitaciones ominosvalías, quien o quienes se arrogan el derecho de decir la última palabra.

En virtud de que la defensa es una postura asaz dogmática, que no está orientada hacia la libre deliberación y concurso de las ideas, sino a la defensa enconada del prestigio de una personalidad susceptible, los resultados no pueden ser constructivos, porque promueven su preponderancia sobre los demás.

En materia de docencia, ningún feudo de opinión ha probado ser bueno. Una facultad, una escuela universitaria o un hospital, que abren sus puertas y ventanas a las opiniones e inquietudes, son instituciones que tienen perspectivas amplias de su personal médico y docente. No debe permitirse el culto a la personalidad, de quien no demuestra respetar los intereses del enfermo o del alumno, antes que los propios.

No merece crédito de veraz, quien no se ha acostumbrado a ver la argumentación ajena como otra opinión, que por disidente que parezca, no representa una agresión, sino, otro modo de ver las cosas, con la que se puede estar en desacuerdo, pero siempre es respetable.

Debe repetirse que una persona tiene derecho a estar equivocada, siempre y cuando crea sinceramente en su verdad. A lo que no tiene derecho, es a adoptar la actitud del “ Domine Magister dixit, ergo dicta est”, que solo nuestro sacrificio de los intereses de la mayoría por la prevalencia de los personales, dando fuerza a la frase de Voltaire, que condensa el espíritu abierto y tolerante, “No estoy de acuerdo con lo que dices, pero daría la cabeza por el derecho que tienes para expresarlo”.

Hay valores morales entendidos, que jerárquicamente están supeditados en estructuras piramidales. Mediante el conocimiento de estos valores, la capacidad de los más experimentados puede orientar criterios y atemperar conductas, que pueden ser agresivas por el entusiasmo de quien las propone.

En materia de conocimiento, la subordinación irrelevante, no tiene efecto. No priva otras prerrogativas, que las de quién dice poseer la verdad y puede demostrarla o referir la fuente de su origen, señalando con el dinamismo de los hechos, que la veracidad de ese aserto desdén el tiempo y al espacio físico, más aún, a la edad y la jerarquía humana.

Los fenómenos biológicos ocurren y se suceden de acuerdo con principios propios de causalidad, que pueden ser conocidos o controlados por los hombres. Sus leyes son del todo independientes de la edad, la madurez emocional o las reacciones interpersonales, de quien dice en su momento dado conocerlas.

La verdad está allí. A fuerza de repetirse, nos parece estable y regular. Somos nosotros los mutables. Estamos diversamente constituidos para describirla, entenderla, interpretarla, saber transmitirla o sugerirla. Si alguna vez estuvo a nuestro alcance y no la tuvimos, ¿ por qué pretender convocarla o improvisarla angustiadamente, para transmitirla incompleta o deforme?. Hay otras verdades que poseemos en mayor o menor grado y al decir las, ellas sabrán hablar por nosotros. Entonces tendrán toda la fuerza y el crédito, para señalar que nuestra fama, no va más allá de la verdad que emitimos. Los hom-

bres no somos más que vehículos de información oral o escrita del acontecer. No pretendamos en-cerrarlo todo, dentro de lo poco que al fin y al cabo somos.

Estamos ciertos que las inquietudes y la vida académica del médico, en nada se oponen a estos conceptos, pero sí es perceptible en nuestros medios académicos, cierta tendencia a aferrarse a fórmulas tradicionales de perfeccionismo intelectual estereotipado y un dejo de frialdad ante las necesidades del medio ambiente, en cuanto a proyecciones que expandan sus beneficios a más alumnos ya más seres humanos.

Las etapas de formación del médico y del especialista, son particularmente propicias para la adquisición de principios, que normarán el resto de su actividad diaria, sino es que toda su vida profesional ulterior. De no aprender en su juventud estos principios, durante sus pasos por las aulas de pre y post grado, ocurrirá como inexplicablemente sigue ocurriendo en nuestro medio, que el médico en su gran mayoría, sale a su vida profesional, sin objetivos o con miras torcidas ya poco, es víctima de desorientación y frustraciones, cuando no, de desgracias y corruptelas.

¿Qué pasa, que esto no se corrige? ¿Están nuestro país y nuestros medios académicos, tan limitados de energía y de recursos, que no pueden implantarse doctrinas, que son hasta elementales y acerca de las cuales, damos una raquítica exhibición ante el mundo?.

No poseer sentido de superación, ni de competencia leal, ni de luchar o que se crea o desea, es degradante. Los sistemas de enseñanza no son estáticos, requieren una evolución constante.

La honestidad científica con que se actúe, dependerá en buena parte de la autoestima en que se tenga. Para poder proyectarse requiere estar convencidos que los principios son valederos y correctos, que se siente ubicado en el medio social y que su actividad recibe la aprobación de los demás y encaja en el código universal de valores.

La tentación de descubrir solo lo que es agradable o entregarse a la rutina, es casi irresistible en un mundo en el que sobre asuntos de importancia social trascendente, solo pueden hablar unos cuantos científicos, amparados en la relativa seguridad de sus puestos académicos, ya que la inmensa mayoría, no quiere o teme expresar libremente sus opiniones.

El efecto de esta conformidad forzada, si se permite que continúe por más de una generación, ahogará el espíritu de originalidad en la actividad científica y la reducirá a un conjunto inerte de dogmas y fórmulas técnicas que retrasan el progreso.

Para solucionar esta problemática, el único camino es el clamor de un grupo, que escudado en la verdad y honestidad científica, tenga entre

sus metas más claras, el progreso de todos, a través del trabajo individual de cada uno de sus integrantes.

No sabemos, que no podemos recrear el mundo. No lo hemos tratado. Deberíamos. Mas que por alguna otra causa, por la simple satisfacción que puede brindar el tratar. Pero existe otra razón, ¡El tratar en una idea cuyo tiempo ha llegado!.



◀ **Dr. Samuel Karchmer K.**

Profesor Titular de Obstetricia y Perinatología, Universidad Nacional Autónoma de México.
Presidente de la Federación Mexicana de Ginecología y Obstetricia.
Profesor Emérito de Investigación Científica
Director del Hospital Ángeles. Ciudad de México
Director de Investigación Científica del Instituto Mexicano de Perinatología.
Presidente de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Medicina Perinatal.
Autor de más de 400 trabajos de investigación publicados en revistas médicas internacionales.